

# Las ciencias sociales en el ojo del huracán

Manuel Martínez Casanova

**Resumen:** *El artículo comenta los peligros más importantes que enfrentan en la actualidad los investigadores del mundo de las ciencias sociales, en general, y de la cultura, en particular. Resulta sumamente orientador en el terreno metodológico.*

**Palabras clave:** *ciencias sociales-investigación; cultura-estudios.*

Hoy día queda fuera de duda la extraordinaria complejidad y significación que tienen, no sólo para la humanidad, sino para la existencia de la vida en nuestro planeta, los procesos culturales, en los que todos estamos inmersos. Nuestro mundo está matizado de suficientes problemas como para poder considerar que cada uno de nosotros está sentado sobre un barril de pólvora: situado en el ojo de un huracán.

No es posible realizar valoración alguna de cualquiera de estos problemas, incluso fuera de la esfera social propiamente dicha, en la cual, a cuenta de ser consecuentes, se dejen de considerar los aspectos sociales que, inevitablemente, están asociados e interrelacionados con las causas, los desarrollos y las soluciones que pretendemos abordar.

Ello ha redimensionado el papel de los estudios culturales y de las ciencias sociales todas, lo que trae consigo retos extraordinarios para el quehacer científico-investigativo en esta esfera y somete a exigencias más profundas nuestra manera de estudiar, de explicar, de sugerir y de proponer soluciones en los estudios sociales, en general, y culturales, en especial.

Lamentablemente, pese a (y a causa de) el intenso redimensionamiento de las ciencias sociales, los estudiosos de la cultura nos encontramos, mayoritaria-mente, anonadados, aturdidos, atontados, ante las exigencias que, de modo sostenidamente creciente, se nos están presentando para participar en la solución de los múltiples problemas que enfrenta el hombre contemporáneo.

Viene ocurriendo desde mediados del siglo pasado y hasta hoy un proceso de ruptura con viejos esquemas y superación de rancias limitaciones. Se nos impone el despojarnos — como el animal apresado en su exoesqueleto o piel mudable— del contenedor que ya no puede seguir conteniéndonos, y romperlo requiere de la construcción de nuevos límites a nuestra realidad y actividad.

Pero, aunque el límite viejo ya está roto y superado en muchos puntos, aún no hemos sido capaces de asumir nuestro crecimiento, en gran medida, y por ello, lejos de vanagloriarnos de la demanda que recibimos, debemos asumir la incapacidad que aún tenemos para responder consecuentemente a la misma.

En esto consiste el gran reto: o respondemos a las exigencias crecientes de la sociedad superando y venciendo primeramente nuestros propios «fantasmas» o estaríamos condenando definitivamente al mundo a la no solución de los problemas que estamos llamados a enfrentar. Es por ello que debemos autoenjuiciar nuestras limitaciones y prejuicios. Sólo conociendo nuestros fantasmas, podremos vencerlos.

Este trabajo, lejos de aspirar a plantearnos la solución del gran salto, sí pretende contribuir a reflexionar sobre la complejidad del mismo y los retos u obstáculos que tendremos que ir venciendo con urgencia y efectividad, si aspiramos a ganar en esta complejísima batalla en la que todos los implicados debemos participar. Para ello, llamamos la atención de todos sobre la existencia de lo que consideramos los principales fantasmas que nos acechan.

1. El primer gran fantasma habría que buscarlo en *los prejuicios que muchos tienen sobre las ciencias sociales*, sus posibilidades y perspectivas. Han sido y aún son subestimadas, marginadas por muchos, especialmente por aquellos que no están interesados en las transformaciones sociales que pueda hacer el hombre como parte de la construcción de futuros mejores y más humanos para todos. Alguno que otro, no pudiendo negar la realidad de las ciencias sociales, pretende convertirlas en ciencias de «segunda», incapaz de descubrir esencias, de desentrañar las leyes que rigen el desarrollo social (que muchas veces son negadas en su existencia real), trata entonces de menospreciar a los estudiosos de lo social y distinguen, por argucias lingüísticas, a los científicos (los de las ciencias naturales y «duras») de los «cientistas sociales» (los de las ciencias de la sociedad o «blandas», otra expresión de menosprecio).

Si bien es cierto que, al ser muy complejas las realidades estudiadas por ellas (la realidad social es la realidad más compleja) y caracterizarse por el estudio de procesos no repetibles o cíclicos, en el sentido estricto de dicho término —lo cual contribuye a que los resultados de las ciencias sociales sean menos «incuestionables» que los de la matemática, la física, la química o la biología, por ejemplo—, no por ello son menos científicas sus conclusiones o sus aspiraciones a encontrar las regularidades necesarias, a verificar sus resultados, el pronóstico de lo que perspectivamente debe acontecer o servir de instrumento efectivo de transformación del mundo en que vivimos. Si bien es cierto que en esta búsqueda incesante de la sociedad, a la cual se aspira, está siempre presente la especulación intencionada y la proyección utópica, ello no puede conducir a cuestionar la científicidad de la utopía como intentan ver algunos.<sup>1</sup>

2. La *subestimación mutua* que los propios estudiosos de la sociedad tienen de sus saberes puede ser, sin duda, una de las principales barreras que deben destruir. Para algunos, las limitaciones que ven en las ciencias sociales son inevitables, al estilo de un mal genético con que se nace y cuya existencia, lejos de ser comprobada, es asumida fatalmente por no pocos estudiosos y profesionales de estos saberes. Ocurre así una especie de «automarginación» que lejos, de estimular las soluciones, condena a mantener las inercias que equivaldrían al suicidio de las ciencias sociales.

3. Resulta una gran limitación, no siempre adecuadamente comprendida por todos, que sean las ciencias sociales una de las áreas de mayor conservación de «conocimientos» superados o que han quedado obsoletos. A lo anterior habría que añadir que muchas acciones de estas «ciencias» y aplicaciones de estos «saberes» van dirigidos no a cambiar el mundo eliminando sus males, sino a «reparar» los puntos más críticos y a evitar los cambios revolucionarios.<sup>2</sup> Este «lastre» que algunos pretenden no puede ser eliminado, arrastra en sí visiones y enfoques que pueden ser tan reaccionarios como el racismo, el etnocentrismo, los prejuicios de género, etcétera. Lo anterior permite asegurar que *el carácter conservador en esta esfera* es considerable,<sup>3</sup> y que romper las ataduras, con los obstáculos que ello trae consigo, es una de las tareas más difíciles pero urgentes que deben ser emprendidas.

4. Muy vinculado con los «fantasmas» anteriores está el hecho del *deslumbramiento con las luces de otros*, en estrecha relación con la subestimación de los estudios sociales y que, en consecuencia, conduce a la consideración de que lo verdaderamente científico es tomar las «verdades» de las ciencias «duras» y usarlas como tales en estas otras áreas de la realidad.

Recuérdense las secuelas terribles del mecanicismo, el biologicismo, el evolucionismo, la matematización y, más recientemente, la fractalización y teoría del caos, en el campo de las ciencias sociales. Esto, además de pura metafísica, es un reduccionismo idiotizante por cuanto no sólo se aplica lo propio de una realidad a otra bien distinta, sino que se convierte en verdad indiscutible lo que en la ciencia original aún no se considera indiscutible como verdad.

5. Muy similar a lo anterior, pero partiendo de especulaciones espectaculares que de vez en vez surgen en las ciencias sociales, se tiende a producir en no pocos estudiosos lo que podría denominarse un *deslumbramiento con los fuegos fatuos propios*, es decir, asumir una concepción muy llamativa y sugerente que, lejos de ser confirmable y pretender arrojar luz sobre el desconocimiento humano en un área social determinada, pretende, muchas veces conscientemente por parte de sus creadores, esconder realidades y producir espejismos que son asumidos instantáneamente por muchos seguidores de sombras como «revelaciones» extraordinarias. Recuérdense la concepción del «fin de la Historia» o una más reciente, la del «conflicto de culturas».<sup>4</sup>

Algunas teorías sociales pueden, con mejores intenciones pero igualmente funestas, confundir con palabras compartidas por los estudiosos de la sociedad, sin reconocer otras concepciones más completas y efectivas existentes. Esto sucede, por ejemplo, con los términos «transdisciplinaridad» o «complejidad»,<sup>5</sup> en los que se pueden presentar, como nuevas, concepciones ya validadas por la concepción dialéctica y materialista propuesta por Marx y sus más genuinos seguidores.

Otros estudiosos, incluso «de izquierda», no repuestos del aturdimiento del derrumbe del llamado socialismo real, son capaces, en el intento de lograr «respetabilidad»,<sup>6</sup> de aceptar en sus valoraciones y reflexiones cualquier cosa por absurda que parezca, con tal de que sean avaladas por científicos «reconocidos» o instituciones «prestigiosas» (entiéndase: de respetable abolengo burgués), contribuyendo a arrojar más oscuridad al camino de nuestras ciencias.

6. No son pocos los estudiosos de los procesos sociales y culturales que consideran que los sabios son ellos y, por tanto, son parte de una especie de «sacerdocio esotérico» que los convierte en los reveladores de la verdad y en los encargados de leer los signos de los tiempos. Se buscan entonces lenguajes «científicos» rebuscados, discursos ininteligibles para los no iniciados, conducentes a un efectivo «*encriptamiento*» de los resultados que, lejos de contribuir a dar soluciones, las anula, provocando, lamentablemente, lo que pudiéramos llamar *esterilización del saber*.

7. Se suele estar permeado también por prejuicios heredados de escuelas y paradigmas de las ciencias que ya han sido dejados atrás por el resto de las ciencias. El más terrible es el de la «*neutralidad del investigador*»<sup>7</sup> que puede ser más comprensible en la biología (aunque siempre difícil de lograr) que en la sociedad. Por supuesto que el investigador social no tiene patente de corzo para hacer lo que le venga en ganas a la hora de estudiar la realidad social que le interesa. Sobre él recaen fuertes exigencias metodológicas y éticas que no puede desconocer. Pero resulta imperdonable que, buscando justificaciones vanas de cualquier tipo, se renuncie, en nombre de «neutralidades» oportunistas, a asumir el estudio de lo social desde compromisos ideológicos, políticos y éticos concretos,<sup>8</sup> o se pretenda obstaculizar el compromiso social del investigador con la problemática social de su interés —con esa parte de la comunidad humana con la que obligatoriamente se relaciona— y la indispensable toma de partido ante lo mal hecho o lo que necesita de perfeccionamiento. La labor científica, que no puede quedar en el contexto de ninguna neutralidad, tampoco

puede proyectarse, ejecutarse y valorarse sin asumir una determinada posición social y política.<sup>9</sup> No hacerlo sería castrar las ciencias sociales y convertir nuestra labor en «acciones» que nada tendrían de científicas y sí de posición política reaccionaria.

8. En este mundo huracanado en el que el investigador se mueve, resulta más frecuente de lo que algunos piensan la existencia de *manipulaciones intencionadas* de los estudios sociales, en general, y culturales, en especial. No han sido pocos los estudiosos sociales que han servido, abierta y desenfadadamente, a estos enfoques distorsionantes y falsificadores de la cultura.<sup>10</sup> No existe hoy una institución o tendencia reaccionaria que no disponga de un ejército de especialistas destinados a justificar lo que no merece existir. La sistemática satanización de grupos y sectores de una u otra sociedad, la «salvajización» de otros, la fabricación de justificantes para marginar,<sup>11</sup> agredir o dominar,<sup>12</sup> incluso la justificación del sentido «humanista» y «justiciero» que se pretende dar a las acciones más aborrecibles<sup>13</sup> — algunos hasta realizados por expreso pedido<sup>14</sup> — pueden ser solo los ejemplos más intoxicantes. Incluso pueden ser tan sutiles las garras de estos fantasmas, que incluso en trabajos «científicos» de valiosos aportes pueden ser detectados cuando aguzamos el rastreador de prejuicios.<sup>15</sup>

9. Resulta más frecuente de lo imaginado el nivel de *incomprensión por los propios científicos sociales de lo que la sociedad necesita de nosotros*. No tener claridad de ello es un obstáculo suficiente como para que cualquier cosa que se haga no sirva para nada. La mayoría se conforma con dejar sus estudios y consideraciones limitados a simples ensayos en los que predomina lo posible y especulativo sobre lo definitivo y fáctico. Suelen ser, muchas veces, inefectivos los propósitos cuando los resultados se quedan en la crítica de las realidades sociales o en diagnósticos de situaciones concretas no llevados por los investigadores mismos más allá. Cuánto daño se ha hecho a la sociedad por aquellos que la estudian desde el visor del microscopio, sin pretender darle soluciones a sus males o renunciar a la solución que se pretende cuando chocan con los primeros obstáculos en ese camino. El científico social es como el profeta que revela a los ojos del resto de la sociedad los problemas, las dificultades, sus secuelas, pero también los caminos y vías para enfrentarlos. Es cierto que, a diferencia del que se cree iluminado por los dioses, los estudiosos de la sociedad no pueden considerarse infalibles y que un error en lo social es lo suficientemente grave como para que el autor intelectual de dicha catástrofe se sienta terriblemente abrumado y afectado. Pero el miedo al error debe contribuir a un mayor compromiso con la precisión y formulación de las acciones a emprender y no a la esterilización de tales estudios.

10. Nunca antes fue más necesario para la sociedad *que las ciencias sociales instruyan mejor a todos los que necesitan de sus avances, para realizar sus funciones*, ejecutar acciones, gobernar, dirigir políticas, transformar la sociedad. Nunca antes fue menos científico el limitarse a publicar, a participar en un evento científico o a intercambiar resultados entre los mismos investigadores. Lo que antes era un fin de este trabajo, hoy no es suficiente. Se hace necesario considerar como terminada una investigación cuando se introduce y se aplican sus resultados, y, por ello, el papel del estudioso de la sociedad y la cultura va mucho más allá de las páginas de la revista y de las paredes del gabinete académico. Hay que convertirse en agente del cambio, en soldado de un proceso en el que cada cual juega un rol específico, que de ninguna manera se puede considerar como cumplido si no satisface los objetivos sociales más amplios y complejos que dan vida incluso a la actividad cognoscitiva. Los investigadores construyen armas y proyectiles para las batallas de la transformación revolucionaria de la sociedad. Y deben no solamente construirlas, sino hacer posible que los que las deban usar, sepan aprovechar todas sus posibilidades.

Como puede advertirse, no son pocos los fantasmas contra los que se debe luchar. Los hasta aquí enunciados no son los únicos, pero sí los más frecuentes y, por tanto, pueden estar ahí, escondidos en cualquier rincón del pensar y el actuar. Quizás, lo más difícil está en que la mayoría de ellos existen porque los investigadores los alimentan y les dan el aliento con que consiguen «vivir». Combatirlos es inevitable si se pretende transformar el mundo. Saber dónde está cada una de las autolimitantes, es la primera acción para vencer. Sólo así será logrado el salto que se nos exige. Solo así podremos sentirnos parte de la construcción de ese mundo mejor que es posible, y estaremos en mejores condiciones para vencer al huracán en cuyo ojo nos encontramos.

## Notas

- <sup>1</sup> P. POPPER: «Utopía y violencia», en B. MUNUERA (comp.): *Sociología de la utopía*, Hacer, Barcelona, 1992.
- <sup>2</sup> FELIPE PARDIÑAS: *Metodología y técnicas de investigación en ciencias sociales*, pp. 74-75, Siglo XXI Editores, México, D. F., 1993.
- <sup>3</sup> EDGARDO LANDER (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, pp. 3-40, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.
- <sup>4</sup> S. HUNTINGTON: *The clash of civilizations and the remarking of World order*, University Press, London, 1986.
- <sup>5</sup> PEDRO GÓMEZ GARCÍA: «La construcción de la antropología compleja», *Gazeta de Antropología* (12): texto 12-02, 1996.
- <sup>6</sup> JAMES PETRAS: *Imperio vs. Resistencia*, pp. 276-287, Casa Editora Abril, La Habana, 2004.
- <sup>7</sup> ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ: *A tiempo y destiempo*, pp. 485-509, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
- <sup>8</sup> ALFONSO SASTRE: *La batalla de los intelectuales. Nuevo discurso de las armas y las letras*, pp. 3-50, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
- <sup>9</sup> JOSÉ LUIS ANTA FÉLEZ: «Desesperación y búsquedas. La antropología social y el (des)encuentro con la ciencia», *Gazeta de Antropología* (15): texto 15-10, 1999.
- <sup>10</sup> El mercenarismo de las ciencias sociales tiene una rica historia. Entre los estudiosos de la cultura y demás aspectos de la sociedad existen no pocos que trabajan a sueldo y comprometidos con las misiones más tristes y oscuras. Recuérdese el «apoyo científico» que han recibido las guerras de rapiña, las ocupaciones, los fascismos, el terrorismo.
- <sup>11</sup> JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ REQUEIRA: «Multiculturalismo. El reconocimiento de la diferencia como mecanismo de marginación social», *Gazeta de Antropología* (17): texto 17-04, 2001.
- <sup>12</sup> MANUEL MARTÍNEZ CASANOVA: «La mística y la mítica del horror: “justificación” antropológica de la guerra», *Islas*, 45 (137): 34-44; UCLV, Santa Clara, jul.-sep., 2003.
- <sup>13</sup> J. PALAU: *El espejismo yugoslavo*, Editora Política, La Habana, 1999.
- <sup>14</sup> La «eficacia» de la ocupación norteamericana de Japón se debió a una investigación realizada a pedido para el Pentágono, por antropólogos norteamericanos en busca de cómo lograr mejor esos objetivos. Dicha investigación, en lo antropológico, está publicada; véase R. BENEDICT: *El crisantemo y la espada*, Alianza Editorial, Madrid, 2003.
- <sup>15</sup> Véase, por ejemplo, F. ORTIZ: *Los negros esclavos*, p. 29, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.